

LEILA GUERRIERO

NO GAN CONCILIO

POR SOL ALIVERTI. FOTOS DE DIEGO SAMPERE. Nació como una crónica sobre el Festival de Malambo de Laborde, y terminó siendo el relato de la vida de uno de sus concursantes. *Una historia sencilla*, de la periodista argentina Leila Guerriero, narra la épica de un hombre común, y su camino en el intento de llegar a lo más alto en la arena de un baile típico con rigor de disciplina olímpica.



El título *Una historia sencilla*, igual al que un film de David Lynch recibió en esta parte del mundo, esconde una trampa. Tal como en esa película, la trama que contenga la lucha de un ser humano en procura de un objetivo jamás podrá ser sencilla, aunque su relato en principio no revista la proeza evidente de

lo que puede considerarse trascendental o novedoso.

Cuando Leila Guerriero salió de su casa hacia Laborde en enero de 2011, no sabía que fuera a encontrarse con la historia de Rodolfo González Alcántara, un hombre "común", con una vida se diría "mediana", pero movido por un deseo y una esperanza: convertirse en el campeón del Festival Nacional de Malambo, que se realiza cada año en esa localidad cordobesa. Allí, la destreza de este baile típico se mide hasta en los últimos detalles.

A Guerriero el deseo de escribir sobre ese festival se lo despertó una pequeña nota leída en 2009, que decía: *"Los atletas del folclore ya están listos"*. Ese titular, perdido entre otros artículos de un diario nacional, se refería justamente a los concursantes de esta justa que se realiza desde 1966, con una peculiaridad simbólica que lo distingue de cualquier certamen de baile: quien sale campeón del concurso de malambo ya no puede presentarse a competir en ningún otro certamen. El título representará, para el bailarín que se corone, la gloria del mejor baile, pero también el fin. Con ese propósito se entrenan días, meses, años.

Al cabo de un dilatado trabajo, lo que sería una crónica sobre el Festival se convirtió en un libro editado por Anagrama acerca de uno de sus protagonistas, de su lucha por la consecución del objetivo. *"Cuando lo conocí a Rodolfo en 2011 me quedé alucinada. Pero tampoco tenía un conocimiento técnico específico como para saber si este tipo sería o no el mejor de todos. Fue el minuto en que lo vi bailar, y después le propuse seguirlo. Le hice la propuesta y él estuvo encantado, creo que le pareció asombroso"*, cuenta la autora nacida en Junín en 1967.

Genuina y profundamente

– *Una historia sencilla* cuenta la épica de un hombre común, un relato que vos misma te cuestionás a quién podría interesarle. ¿Por qué te resultó necesario relatar la historia de un hombre como Rodolfo

enmarcada en un género como la crónica, en el que suelen abundar temáticas de marginalidad social?

– No pienso que sea necesaria una historia como la de él. Creo que en principio yo no escribí el libro porque crea que una historia como la de Rodolfo sea "necesaria". Me parece que es necesario contar las historias que uno siente que tiene que contar. El único impulso para contar una historia, para que sea bien contada, es que al autor le importe genuina y profundamente lo que está contando. No tiene que haber ahí un afán de cambiar el mundo. Yo salí de mi casa un día del verano de 2011 queriendo contar la historia del Festival de Laborde y me topé con Rodolfo; no es que salí de mi casa diciendo: *"Voy a contar la historia necesaria de un hombre común cuya vida..."* No, no es ése el movimiento. Si uno saliera de casa a hacer una nota o lo que fuere con esa otra intención, se transformaría en un trabajador de una ONG, no en un periodista. Me pareció un desafío. El título es engañoso. No es nada sencillo. Incluso desde el punto de vista técnico, de cómo contarla. Creo que la historia de Laborde es una historia marginal en términos de que nadie está mirando. El margen está en muchos lados. Lo marginal también está en la final del Hipódromo de San Isidro, en el cocktail de beneficencia de una cena de gala, en una fiesta de lobby del Ritz de París. La historia de Laborde es una historia marginal a su manera, de un mar-

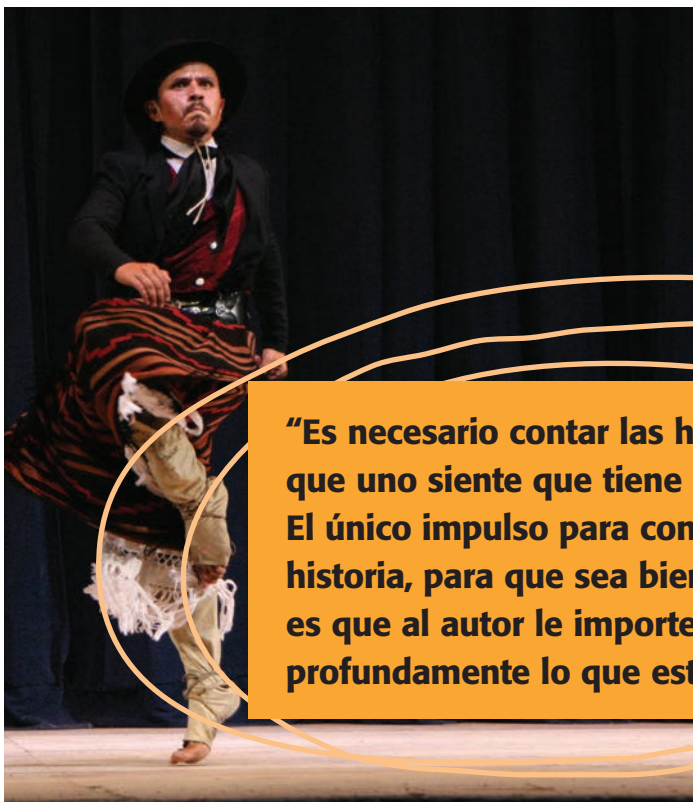
gen que los periodistas no estamos mirando tanto. Los periodistas estamos contando las historias de marginalidad y de violencia. Pero también, ojo, porque estamos contribuyendo a ese cliché que se ve desde Europa o Estados Unidos de que los latinoamericanos salimos a la calle con una 45 en la cintura, de que vivimos en ciudades híper mega conflictivas. Nosotros tenemos que encontrar nuestra forma de contar nuestro continente.

LEILA GUERRIERO

Una historia sencilla



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas



“Es necesario contar las historias que uno siente que tiene que contar. El único impulso para contar una historia, para que sea bien contada, es que al autor le importe genuina y profundamente lo que está contando”.

– Comenzaste esta crónica sin saber qué iba a ocurrir con Rodolfo, con la competencia ni con la historia. ¿Qué importancia tiene la intuición en tu trabajo periodístico?

– Creo que mucha, sobre todo en el reportaje y la escritura. Por eso es tan difícil cuando te hacen preguntas súper concretas, por ejemplo cómo se presenta un personaje, o cómo se logra transmitir tal cosa. Uno aclara siempre, al describir un procedimiento técnico o lo que fuere, que eso es como una construcción que uno hace a posteriori. Pero en el momento de hacerlo se mezclan otras cosas, y en esas respuestas que uno da, muchas veces me da miedo sonar soberbia: *“Ah, yo me baso en mi experiencia”*. Pero la verdad es que hay mucho de eso. Una lleva muchos años escribiendo y ya tenés más o menos tus propias manías. Yo confío mucho en mi intuición. Creo que también soy una persona sumamente segura, como que confío mucho en mí y en mi método de trabajo, que me ha llevado a puertos –no siempre– más o menos interesantes. No es motivo para pensar que no va a ser así. Aunque lo de Rodolfo fue muy kamikaze, muy kamikaze.

El último baile de Rodolfo lo pasé trabajando como una animal. En el momento del baile de Rodolfo yo era una especie de bicho con todos los radares parados. Grabé siete horas seguidas. Era una máquina de mirar. Y esa fortaleza de decir: *“No voy a dejar espacio para la duda, voy a hacerlo hasta el final y que pase lo que pase. Después veré qué se hace con eso, si pierde o gana”*. Esa épica vale la historia, igual. Es la historia del esfuerzo. Con lo cual vale, gane o pierda. La parte intuitiva es bastante determinada, y me ayuda a tener confianza.

Y después me pasó que estaba tres o cuatro horas con Rodo y sentía que no me había contado nada. Estoy contando la historia de este tipo, pero no había material. Era una vida como homogénea, sin sobresaltos. No había *“una vez me fui caminando hasta Bolivia”* ni nada de eso. Era una lucha contra mí misma, porque si Rodolfo no podía poner su vida en palabras rimbombantes, ¿entonces quiere decir que no hay historia? Hasta el día de hoy es duro para los detalles. Además no hace una victimización de su vida. Eso era muy bueno en un punto, salía del cliché del tipo pobre. Pero desde el punto de vista narrativo me preguntaba cómo hacer para contar esta historia y poner puntos donde la vida real no los tenía. Y bueno, fue llegando fin de año y ahí empezó a aparecer la pregunta con más fuerza: *“¿Qué pasa si no gana?”*. Me doy cuenta ahora, mirándolo para atrás, que yo no me permití esa pregunta hasta muy avanzadas las entrevistas y el seguimiento.

Una naturaleza tranquila

– ¿Cómo te afectan a vos las historias después de escribirlas?

– Siento que la historia terminó con la historia en el libro. No me afecta de manera personal. Sí me interesa cómo está Rodolfo y su familia.

– ¿Le gustó el libro?

– Muchísimo. Siempre pensé que iba a ser una crónica, y terminó siendo un libro. Y fue a las manos de Jorge Herralde, y Herralde me dijo: *“Lo quiero publicar”*. Y yo me quedé así, como *“¿Ah?”*. Y bueno, en ese momento

hablé con Rodolfo y le expliqué: *“Mirá, Rodo, la crónica se transformó en un libro y llegó a las manos de Anagrama, que es una editorial muy importante”*. Se puso muy contento, pero no tuvo con eso ni una relación de histeria, ni de ansiedad, ni nada. Es un tipo muy discreto, de una naturaleza tranquila. La presentación acá la hizo Piglia en la Fundación Tomás Eloy Martínez. Por supuesto, él estaba invitado y me llamó a la mañana y me dijo: *“Te quería hacer una pregunta”*. Y me dice: *“¿Es obligatorio lo de hoy? Porque a mí me salió un laburo”* (risas). Y yo le dije que, por supuesto, no era obligatorio.

– Vos contás que cuando lo viste a Rodolfo quedaste impactada. Virginia Woolf habla, en un ensayo, sobre la irritación que produce ser testigo de algo bello y sentir el pinchazo de no saber o no poder contarlo, compartirlo. ¿Sentiste algo así en algún momento, algo sobre el límite del lenguaje?

– Yo tenía muchas ganas de escribir porque eso me parecía fantástico. ¿Cómo hacía yo para ingeniármelas para contarle a la gente que no conocía el lugar, que no conocía nada, que no había visto todo lo que yo había visto, que no había escuchado todo lo que yo había escuchado, sin que esto pareciera un mundo de Locomía pero sin abanico? Que se notara el coraje, el trabajo, el entrenamiento, la cosa artística. Esto no es un festival de artistas, bailarines. No son tenistas. A mí no me da ningún pinchazo, me envalentona, por el contrario. Ahí está el juego rico con las palabras. Sabía algunas cosas cuando me senté a escribir: ese primer impacto que yo tuve con el malambo, ese impacto medio sordo, opaco, la escena cuando estoy debajo del eucaliptus y me doy vuelta y veo a esos dos ahí, vestidos de civil y que empiezan a malabear, y el de la guitarra dice: *“¡Buena!”*. Dije: *“acá a va a pasar alguna cosa”*.

Yo sabía que la primera descripción del primer malambo adulto, que no fue el de Rodolfo, tenía que transmitir lo más perfectamente posible lo que ese baile transmite. Me detuve mucho en esas descripciones, te diría que al final hay una especie de regodeo. Yo digo que las descripciones tienen que engarzarse como joyas. Pongo una palabra acá, que brille mucho, entonces allá pongo otra al costado, más opaca, esto se tiene que ver más rojo sangre y esto más claro, y además tiene que tener sonido. Entonces, a mí no me produce eso de *“ay, cómo transmito esto”*, sino todo lo contrario: hay que transmitir esto.

– ¿Qué esperás de tus libros una vez terminados? ¿Existe alguna voluntad?

– No. El trabajo se tiene que defender solo. Por supuesto que me encanta que la gente me diga que lo lee, que llora, que va a buscar las imágenes a YouTube. La gente conocida te manda un mail. No es que digo: *“ay, qué pena que no hablan pestes de mi libro”*. Sería una hipócrita si dijera eso. Pero bueno, trato de pensar que así como hay mucha gente que lo lee y lo comenta, hay gente que no le importa. Tengo la expectativa de que algunos lectores creen que el trabajo está bien hecho. Por ahí me preguntan: *“Che, ¿y cómo va el libro?”*, y yo no sé cómo se responde a eso. ¿Cómo se responde eso? 🗣️

tripleblevé

www.festivaldelmalambo.com
www.anagrama-ed.es/titulo/NH_520